

## *La Formación de los Profesionistas en la Biblioteconomía para los próximos*

*Diez Años*

ADOLFO RODRÍGUEZ

Es muy reconfortante que en el marco de los eventos que para celebrar los primeros cuarenta años de la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía haya organizado estos trabajos en los que no cabe el conformismo, ni el triunfalismo y que nos preguntemos que cosa podemos hacer para preparar mejor a los bibliotecarios y archivistas en la próxima década. Me parece que los problemas que enfrentarán las dos profesiones son similares y aunque en el texto del trabajo me refiero casi exclusivamente a los bibliotecarios, lo que aquí se abordará los abarca a los archivistas, tanto como a los bibliotecarios.

El tema que pretendemos tratar ahora tiene al menos dos enfoques: el primero abarca la formación de bibliotecarios en los próximos años manteniendo las actuales circunstancias y tendencias; el segundo punto de vista cubre la formación de bibliotecarios de acuerdo a mi muy personal opinión, y trata sobre lo que yo pienso que sería deseable hacer para preparar a los bibliotecarios de la próxima década.

Si la educación bibliotecológica no cambia sus enfoques y mantiene la tendencia a formar profesionales que realmente no lo son, nos vemos en serios problemas, pues no estaremos preparando los bibliotecarios que necesitaremos en la próxima década.

La educación bibliotecaria enfatiza, por el momento, su preocupación por la cantidad, que se ha visto reflejada principalmente en la proliferación de escuelas de bibliotecarios, las que establecen programas de maestría o de licenciatura y de las que todos sabemos cuántos alumnos están inscritos, cuántos profesores tienen y, finalmente, cuántos concluyen los estudios y se titulan. Poco o nada sabemos sobre los contenidos de los cursos; los materiales didácticos para apoyar las diversas materias son prácticamente inexistentes y los libros de texto y otros estudios no parecen figurar entre las preocupaciones de las escuelas.

Los pocos esfuerzos que se han hecho para mejorar la calidad de las escuelas se han originado en la Asociación Mexicana de Bibliotecarios y, posteriormente, en el Colegio Nacional de Bibliotecarios, que han organizado las Mesas Redondas sobre Recursos Humanos que han producido importantes e interesantes recomendaciones, las cuales no han sido llevadas en la práctica. Las razones de la falta de aplicación pueden ser diversas y comprensibles, pero la realidad es que las recomendaciones no han sido adoptadas más allá de una declaración formal. Es interesante observar que las cúpulas directivas de las escuelas parecen darse cuenta de la necesidad de mejorar la educación bibliotecaria, pues salvo contadísimas excepciones, los directivos de las escuelas han participado en las Mesas Redondas con gran entusiasmo e inteligencia, logrando producir recomendaciones notables por su rigor y profesionalismo. No ha sucedido lo mismo cuando las recomendaciones fueron sometidas a la consideración de los profesores.

¿Cuál es la causa o las causas de que no se apliquen las resoluciones? Yo creo que algunas de ellas son las siguientes:

1. Existe un desfase entre lo que los directivos de las escuelas desean hacer y lo que pueden realizar. Esto se puede deber a que no se cuenta con los recursos humanos suficientes, en cantidad y en calidad que los apoyen.
2. También puede ser que no se cuente con los recursos económicos necesarios para realizar los proyectos que se deben derivar de las recomendaciones.

Otro aspecto que ha permitido la educación bibliotecaria ha sido la incorporación de actividades que han surgido en el curso de este siglo, como la documentación y las llamadas ciencias de la información o informática. Creo que en estos últimos años se ha dedicado demasiado tiempo al análisis y discusión de si las escuelas deben cambiar su nombre, e incorporar el de ciencias de la información para estar a la moda. Yo, entre otros, he sugerido esto último en ciertos momentos, para evitar la proliferación de programas. La experiencia norteamericana nos muestra que varias escuelas que supuestamente enseñaban ciencias de la información han desaparecido, pues no han logrado preparar nada que valga la pena desde el punto de vista bibliotecológico. Desprendidos de su identidad bibliotecaria, no han podido ubicarse en otra actividad para la cual no existen aún un rostro y una personalidad profesional que los identifique y los prestigie como profesionales útiles en una sociedad cambiante. A los médicos, ingenieros, maestros, arquitectos, contadores, químicos, etc., los siguen llamando como tales, no obstante los cambios tecnológicos, y nadie les ha demandado que cambien su nombre.

A menos que las condiciones se modifiquen y seamos capaces de centrar la actividad educativa en lo más importante, en la esencia de la enseñanza bibliotecológica, la formación profesional de bibliotecarios para la próxima década no variará en forma sustantiva. Seguiremos preparando el mismo tipo de bibliotecarios y archivistas. No importa si tenemos un poco más de recursos, lo cual es difícil de preveer en un país con una profunda crisis económica como la que padece nuestro México. Necesitamos cambiar profundamente para preparar los bibliotecarios que demandará el país en los noventa. Los bibliotecarios que puedan consolidar el Plan Nacional de Bibliotecas, los programas bibliotecarios de las instituciones de educación superior, así como los que puedan satisfacer las necesidades de las bibliotecas especializadas que demandan personal capacitado que pueda realizar los programas complejos de sus bibliotecas.

La educación bibliotecológica desde sus inicios ha tenido un enfoque artesanal. En no importa qué parte del mundo lo que se desea transmitirle al alumno es una mecánica que repita una y mil veces la forma de hacer las cosas. Nos interesa fundamental-

mente cómo hacer las cosas, bien sea en los procesos de clasificación y catalogación, las publicaciones periódicas, los servicios de consulta y aun cuando supuestamente usamos la tecnología más actualizada, siempre enseñamos cómo hacerlo, nunca inculcamos en el estudiante, quizá porque nosotros mismos no lo sabemos, ni siquiera nos hemos cuestionado sobre ello, el porque algo es en esa forma y no en otra; como es que sucede de esa manera, que otras opciones podríamos tener si reflexionáramos sobre la disciplina bibliotecológica. Pienso que mientras la enseñanza de la bibliotecología siga apoyada en ese enfoque, poco será lo que se pueda avanzar en el campo educativo. Pasaremos de tener buenos repetidores manuales a buenos repetidores que utilizan una tecnología en la cual pretenden encontrar el fin y no el medio de la práctica bibliotecaria. Ante la imposibilidad de profundizar en la razón de ser, hemos encontrado más sencillo no cuestionar las cosas, explicarlas por la utilización de supuestas "nuevas" tecnologías, las cuales nos validarán como buenos bibliotecarios si las utilizamos. Por ello enseñamos que los buenos bibliotecarios y las buenas bibliotecas son aquellas que hacen uso de la tecnología sin importar si es en forma exitosa, si se sabe para que utilizarla y menos aún la razón de su uso. Si no somos capaces de cambiar esas actitudes, la formación de bibliotecarios en la próxima década será fundamentalmente semejante a la actual. Seguiremos preparando bibliotecarios similares a los que ahora egresan de nuestras escuelas y posiblemente algunas personas piensen que los estudiantes tienen cuando terminan un adecuado nivel profesional, y en lo personal no estoy satisfecho, e imagino que en la próxima década deberemos hacer varios cambios que nos permitirán tener un egresado diferente.

Pasamos ahora a analizar el segundo enfoque que deseo presentar a ustedes en el sentido de lo que yo desearía que fuera la formación de bibliotecarios en los próximos diez años.

A mi me gustaría que las escuelas formaran íntegramente a sus alumnos; que produjeran buenos bibliotecarios con una base técnica más sólida, que fueran buenos clasificadores y catalogadores, excelentes referencistas, estupendos administradores. Yo desearía que los egresados realmente se sientan bibliotecarios, que se identifiquen como tales y la sociedad reconozca en ellos

a los profesionales encargados de proporcionar los diversos servicios bibliotecarios, que sean también responsables ciudadanos y hombres de bien. Que los egresados de las escuelas fueran no sólo hábiles artesanos de la biblioteconomía, sino creadores e innovadores de la disciplina que practican.

Yo quisiera que inculcáramos en los estudiantes el deseo de cuestionar las bases mismas de la biblioteconomía como los códigos, las normas y, en general, toda la práctica bibliotecaria. Desearía que de las escuelas egresaran bibliotecarios que supieran fundamentalmente el porqué de las cosas en la biblioteconomía, que pudieran tanto explicar como aplicar los principios en que se basa la biblioteconomía. Que fueran hombres y mujeres capaces de explorar nuevos caminos y, en última instancia, que tuvieran una actitud lo suficientemente abierta como para poder alentar y entender a quienes deciden explorar nuevas alternativas.

Me gustaría que los bibliotecarios salieran de las escuelas formados con una conciencia muy clara de su saber en la sociedad como profesionales y como hombres, que fueran capaces de sentir que su profesión tiene un sentido dentro de la sociedad y que son ellos, y únicamente ellos, los que pueden engrandecer el conocimiento motivo de su profesión, y la profesión misma.

Me gustaría que las escuelas produjeran hombres y mujeres ansiosos de adquirir más cultura, que estuvieran abiertos a todas las ideas y creencias, y que fueran capaces de aceptar la diversidad del pensamiento humano.

Pienso que las escuelas deberían incluir en la educación bibliotecológica las innovaciones tecnológicas y darle a estas últimas la importancia que merecen como instrumentos del desarrollo bibliotecario, y no como lo hemos hecho hasta ahora, que hemos convertido a los instrumentos en fines, con lo cual trastocamos el objetivo último de la formación profesional.

Ojalá y las escuelas logren que sus egresados se sientan satisfechos con la labor que desarrollan, y vean a su profesión como el canal para resolver su compromiso con la sociedad, que estén

convencidos que el ser bibliotecario se cumplen sus expectativas profesionales y que personalmente se sienten realizados con ser bibliotecarios.

Me parece que entre lo posible y lo deseable hay un espacio que puede ser muy pequeño si estamos decididos a trabajar por la formación de buenos bibliotecarios, para la próxima década; pero que puede convertirse en un abismo si no deseamos comprometernos con la educación que demanda el futuro cercano.

La diferencia entre las actuales circunstancias y los posibles cambios no me parece imposible de lograr, pero será necesario apoyar económicamente a las escuelas y, lo que es más importante, los directivos y los profesores deberán estar convencidos de que el bibliotecario que nos demandará el país es un profesional mucho más complejo que el que egresa de las escuelas en la actualidad; que el bibliotecario tendrá un mayor compromiso social, y que será reconocido por la comunidad como un elemento útil e indispensable para el desarrollo social, económico y cultural. Deseo fervientemente que cuando celebremos los cincuenta años de la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivistomía, podamos hacerlo con la seguridad de que los egresados de nuestra querida ENBA son profesionales que están respondiendo plenamente a las necesidades de su profesión y de la sociedad, y que son conscientes de un solo compromiso: servir a su país.